



XII

DESPUÉS DEL PASEO

Como tenía un plan en la cabeza, en cuanto los señores de Peleches, que habían elegido el camino de abajo para volver á su casa, mostraron deseos de hacer un alto en la botica donde ya se hallaba el boticario don Adrián, Leto se despidió de ellos pretextando ocupaciones urgentes en su balandro.

El boticario se había puesto ya su gorro de terciopelo, y estaba sentado entre puertas viendo pasar la gente elegante en dirección á la Costanilla para subir á la Glorieta. Sentáronse también los de Peleches; y después de saber por don Adrián que don Claudio Fuertes se había separado de él para ir un rato al Casino, comenzaron á contarle las peripecias del paseo con grandes elogios del barco y otros mayores de la pericia náutica y extremada bondad de su hijo.

El cual, entretanto, caminaba á todo andar hacia el muelle. Cuando llegó á él, no pensó siquiera en meterse en el balandro que estaba á dos brazas de la escalera: limitóse á hacer á Cornias, ocupado en recoger el aparejo á toda prisa, algunas advertencias sobre el particular, y en seguida tomó el camino del Miradorio.

Le estaba preocupando á él la cosa aquella desde el momento mismo en que había sucedido. No importaba dos ardites, bien examinada; pero debió haber pasado de otro modo muy diferente... Anduvo, anduvo, pensando y andando, sin mirar á

un lado ni á otro, porque hartó sabía que el mirar era innecesario hasta llegar al punto preciso, que estaba bien marcado en su memoria... cosa de media vara á la derecha del camino... subiendo; porque ello había sido bajando, y entonces quedó á la izquierda... Por allí, en tales días y á tales horas, no solía pasar gente; y aunque pasara sería lo mismo para el caso. ¿Quién había de fijarse?... Y aunque se fijara, ¿valía ello para nadie, á la simple vista, el trabajo de doblarse por la mitad?...

Anduvo otro buen pedazo del camino, y se detuvo de pronto:

— Aquí fué, — se dijo, — y aquí debe de estar.

Miró... y allí estaba: sobre un tapiz de apretado césped, y entre dos helechos y un guijarro. El mismo clavel, doble, *reventón* y encarnado, con el rabillo tronchado al rape: el que se le había caído á Nieves de la boca y había recogido él... para volverle á tirar porque á Nieves ya no le servía... Este era el caso.

Recogido el clavel, y después de contemplarle mucho, y hasta de examinar la

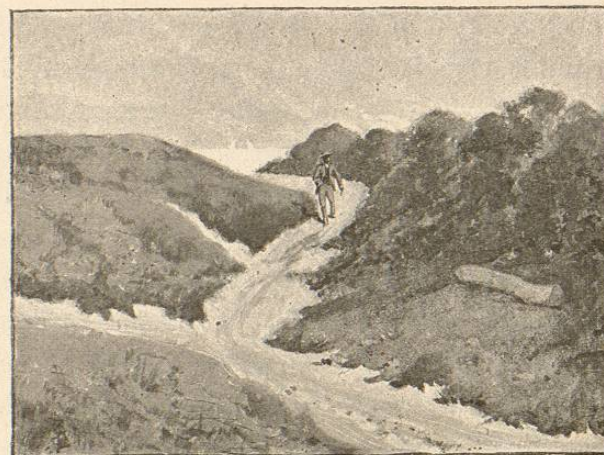
huella de los dientecitos de la sevillana, le olió con avidez. Por un impulso maquinal... ó no maquinal, se le llevó después á la boca; pero por otro impulso de mejor casta, le apartó de ella.

— No se trata de eso, — se dijo, conservando el clavel en la mano con gran cuidado para que no se deshojara, — sino de cosa muy distinta... y más decente. Por de pronto, vuelta hacia abajo, porque no hay necesidad de que los badulaques de la Glorietta me atisben; y vamos poco á poco poniendo el caso á su verdadera luz, como si le ventilara ante un tribunal de maliciosos que dieran á este acto mío una significación á su gusto.

Volvióse como lo pensó; y andando paso á paso, oliendo el clavel de tiempo en tiempo y con la otra mano en la cadera, iba discurriendo al siguiente tenor:

— El clavel se le cayó á ella de la boca; yo le recogí del suelo y quise dárselo; ella le miró, vióle sin rabillo, y me dijo: «no sirve ya, puede usted tirarle...» palabras textuales; y yo le tiré, bien sabe Dios que contra mi gusto. Pero también me añadió:

«si quiere». Es decir, que dejaba á mi elección tirarle ó no tirarle. Tampoco se me escapó este particular. Pero supongamos que yo, en uso de mi derecho, me hubiera quedado con el clavel: ya daba al acto una significación grave, de cualquier modo que



le ejecutara: callándome la boca, ó explicándole. En el primer caso, ¿cómo justificar mi silencio sin autorizar á Nieves para que me creyera muy interesado en quedarme con el clavel?; y en el segundo, tenía que

meterme en una rociada de galanterías, que con toda seguridad hubieran resultado cursis é impropias de un hombre serio que mira á esos señores con la estimación respetuosa con que los miro yo. En suma, que callando ó hablando, al quedarme yo con el clavel, faltaba á muchas consideraciones y declaraba una cosa que no es cierta. Pero pudo muy bien Nieves, mirando el hecho desde su punto de vista de mujer, ó de niña mimada, decir para sus adentros: «¡qué grosero!»... ó «¡qué pan frío!» Y esto es lo que me duele, por si lo ha pensado ella y por no merecerlo yo en buena justicia, y lo que me ha ido molestando toda la tarde en la cabeza, con el propósito, además, de volver por el clavellillo este en cuanto pudiera, y el temor de no hallarle cuando le buscara. ¡Carape, si me ha preocupado todo ello junto! Ahora ya es distinto: ya tengo en mi poder lo que buscaba... «Pues no comprendo», diría cualquiera, «ni los apuros de antes ni la tranquilidad de ahora; porque lo hecho hecho está, y el clavel, por sí solo, no vale el trabajo que te has tomado viniendo á

recogerle, según tú has declarado ser verdad.» ¡Carape si lo es! «Corriente», volvería á decirme cualquiera: «si lo hecho ya no tiene remedio, y el clavel, por sí solo, no vale dos cuartos, ¿para qué te quedas con él?»... ¡Valiente reparo de mala fe sería ese! Recojo el clavel y le guardo, por... por pura rectitud de conciencia... vamos, para reparar yo, á mi modo, una falta cometida con buen fin... Nieves seguirá pensando de mí por ese acto, si por desgracia le notó, lo que mejor le parezca: santo y bueno; pues yo estaré tan satisfecho con saber que son equivocados sus juicios, y que tengo en mi poder la prueba de ello. ¡Qué carape! cada uno es como Dios le hizo; y yo soy así. Y no hay más ni menos... y al sol.

Al llegar al muelle guardó el clavel, después de olerle, en su bolsillo de pecho, con mucho tiento para que no se viera ni se deshojara. El balandro estaba ya solo y en su fondeadero de costumbre. Siguió andando Leto; llegó á la botica, de la cual se habían ido ya los de Peleches; subió á la habitación sin detenerse, entró en su cuar-

to; y, como quien lleva ya su resolución bien meditada, sacó de un cajón de su cómoda un álbum-cartera lleno de apuntes hechos por él en el campo y en la costa, y allí guardó el clavel, con mucho mimo, entre dos hojas en blanco, después de haber pasado la vista por cada una de las que contenían dibujos, con una fuerza de atención poco acostumbrada en el asombradizo farmacéutico.

— Bien pudiera ser verdad — pensó mientras cerraba los broches de las tapas, dejando el clavel adentro, — que no lo hago del todo mal.

Volvió el álbum al cajón, cerróle con llave, bajó á la botica, y estúvose con su padre un buen rato hablando de los sucesos del día en Pelechés y en la mar. ¡Muy satisfecho estaba de ellos el boticario! Y también de Leto. Se había portado como un hombre y dejado el pabellón bien puesto en todos los terrenos... Con algo más de soltura hubiera querido él verle en lo de pura cortesía; pero bastante había hecho, sí señor, bastante, para lo que era de temerse; ¡caray, si había hecho!

La escena acabó por irse Leto al Casino donde le esperaba el Ayudante de Marina, para un partido de billar que dejaron los dos concertado la víspera, dándole hasta quince tantos Leto además de la salida, como siempre.

En honor de la verdad, no estuvo el hijo del boticario aquella noche tan chiripero ni tan acelerado como lo tenía por costumbre, ni de tanta correa para las chanzas del fiscal; pero cierto es también que la brega de la bahía, tras de las inusitadas emociones del convite, le tenía algo desmañado, y que el fiscal se permitió llevar las bromas á un terreno de bastante mal gusto. El que al señor de Bermúdez le faltaba un ojo, como podía faltarle á cualquiera, y que con su hija hubiera estado él, Leto, más ó menos atento, no autorizaba á nadie para preguntarle á cada paso, y delante de ciertas gentes, por la salud y el valor, y el saque y otras mil cosas del *Macedonio*; ni si tomaba ó no tomaba varas, ó si era blanda ó dura de cerviz «la hija de Darío». Era una gran inconveniencia hablar así de personas tan respetables, en un sitio como

aquel... ó en cualquier otro; y como así lo sentía, así se lo dijo al fiscal, con mucha pena, pero resuelto á que cesaran las bromas. Y cesaron; pero dejando en Leto ciertas heces que le amargaron mucho la fiesta; y eso que el fiscal, lejos de ofenderse con la protesta, aunque cambió de estilo y de asunto, se quedó tan fresco como una lechuga, y tan amigo de Leto como siempre. Poco después de este incidente, llamó al fiscal don Claudio desde una mesa de las más apartadas del billar, para que fallara en la porfía en que estaba empeñado con sus compañeros de tresillo, sobre una jugada que había hecho uno de los jugadores.

Con irse el fiscal y no volver; marcharse en seguida los abogados y el médico que le acompañaban, y antojársele á Leto que se quedaba el Ayudante algo mustio sin los mirones que le entretenían, y que apestaban más que de ordinario los reverberos de petróleo, le fué entrando tal flojedad y tal disgusto, que se dejó llevar de calle la mesa para acabar cuanto antes el partido.

— ¡Carape! — se decía mientras iba andando hacia la botica, con el sombrero

en la mano porque abrumaba el calor, — ¿no parece mentira que un hombre en la flor de la vida haya podido gastar, como yo, lo mejor de su tiempo libre en ese bochinche infame, dando trastazos á las bolas?... Una mesa ó dos, de vez en cuando, vaya; pero todos los días dos ó tres horas de faena en ese billar mugriento... ¡con ese olor!... ¡Carape, si es tonta la diversión, bien mirada! Pues ¿y el fiscalillo ese, con su lengua de puñal?... Yo le estimo, es la verdad... y suele tener los grandes golpes... Vamos, que clava los apodos... Pero ¡carape! á lo mejor tiene unas cosas... como las de esta noche, por ejemplo... Aquello no venía al caso, ni siquiera era decente... Son personas respetables... y amigas de uno... y acababa uno de comer á su mesa... Póngase cualquiera en mi lugar; y si es persona decente, á ver si no haría lo que hice yo... Sentiré que le haya dolido lo que le dije; pero él se tuvo la culpa, y yo cumplí con mi deber... como hubiera cumplido si él continúa con la broma y le rompo yo algo en la cabeza... ¡Carape si se lo rompo! Y cuidado